

re. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.

XVII.

Apenas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguia á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doucet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¿Pues bien, dijo Levasseur de la Sarthe, que pasen los diputados de la Montaña á aquel lado (enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos serán bien guardados por los peticionarios!» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar, Vergniaud se levanta: «La Convencion nacional, dice, no puede deliberar en el estado en que se halla, vamos á unirnos á la fuerza armada y á ponernos bajo la proteccion del pueblo.»

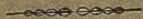
Vergniaud sale entonces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna:

«No ocuparé á la asamblea, dice, con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro co-

mité de salvacion pública os ha hecho por medio de Barrere varias proposiciones, de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. ¿Pero creéis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acaban de indicaros. Hay hombres aqui que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volvereis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aqui Robespierre parece querer debatir sin explicarse claramente las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, esclama con impaciencia. «¡Concluid!» á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquel; pero éste dice, mirando con desdeñosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Si, voy á concluir y contra vosotros; contra vosotros que despues de la revolucion del 10 de agosto, queriais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros que no habeis cesado de provocar la destruccion de París; contra vosotros que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas, cuya cabeza pedía Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendéis acriminar á vuestras víctimas; opino, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios.»

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse; se puso á votacion el decreto propuesto

por Barrere, que ademas de la supresion de la comision de los Doce, contenia algunas medidas de hipócrita independencia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Voláronlo sin debates la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y confundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, seguida de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de ¡*Viva la república!* Los girondinos temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo conseguido sobre ellos. Veíase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de agosto tenian á su vez su 20 de junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera decision de su largo suplicio. «¿Que prefieres entre esta ovacion y el patibulo?» dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud que marchaba junto á él con la frente inclinada.—Lo mismo me da lo uno que lo otro, respondió Vergniaud con estoica indiferencia:—No hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él»



LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativa de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salvacion pública.—El toque á rebato.—El 2 de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanjuanais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I.

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su muger, el rumor popular de que en su casa existía un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpétuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolandistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caído. Roland no habia gozado ni aun del beneficio de la caída, el olvido. Era